

# CUADERNOS DE HISTORIA 5

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE JULIO 1985



## HOMENAJE DEL DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS Y DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA, HUMANIDADES Y EDUCACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE A DON DIEGO BARROS ARANA CON MOTIVO DE CONMEMORARSE 100 AÑOS DE LA PUBLICACIÓN DE LOS PRIMEROS TOMOS DE LA HISTORIA GENERAL DE CHILE

**E**l 20 de diciembre de 1984, en el Salón de Honor de la Casa Central de la Universidad de Chile, el Departamento de Ciencias Históricas y la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación realizaron un acto académico en homenaje a don Diego Barros Arana con motivo de conmemorarse el centenario de la publicación de los 3 primeros volúmenes de la *Historia General de Chile*.

Presidió el acto el Rector de la Universidad, Profesor don Marino Pizarro Pizarro y le acompañaron en la Mesa de Honor el Decano de la Facultad, Profesor Joaquín Barceló Larraín; el Presidente de la Academia Chilena de la Historia del Instituto de Chile, don Fernando Campos Harriet; el Vicedecano de la Facultad, Profesor Francisco Aguilera Gajardo; el ex Embajador y Secretario de la Academia Chilena de la Historia, don José Miguel Barros Franco; el Director del Departamento de Ciencias Históricas, Profesor Osvaldo Silva Galdames, y el Profesor Rolando Mellafe Rojas.

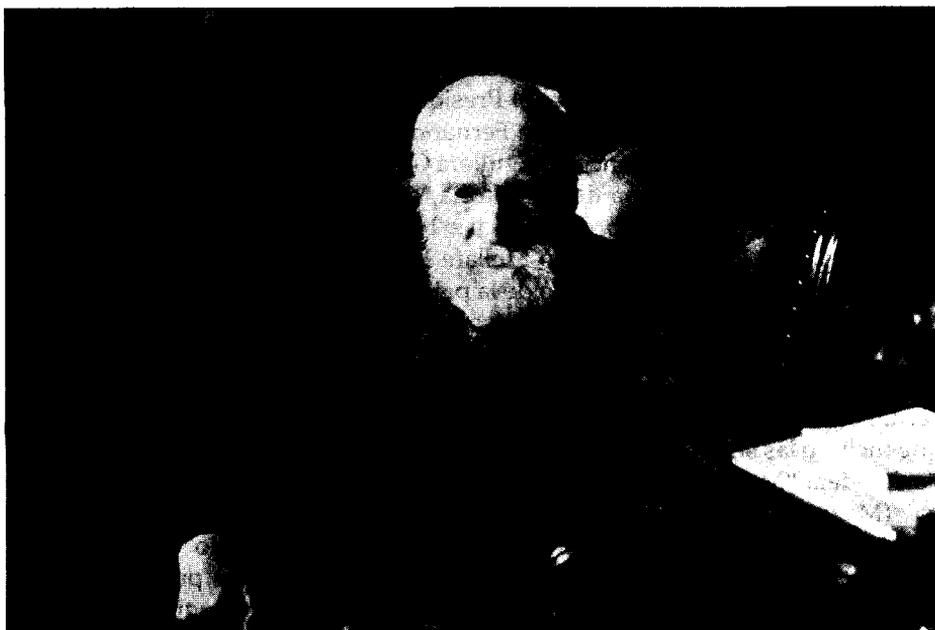
En la oportunidad hicieron uso de la palabra el Decano Barceló y el Profesor Mellafe. Los textos de sus discursos se reproducen a continuación. Participó también en este homenaje el Profesor de la Facultad de Artes, Dr. Jorge Rojas Zegers y sus alumnos Guillermo Ibarra y Juan Mouras quienes ofrecieron un recital de música chilena titulado "La guitarra en las tertulias del novecientos", que incluyó las siguientes composiciones: Manuel Ramos, "Gavota" (Dúo); M. Fernández, "Me entusiasmo bailando" (Polka, dúo); Francisco Rubi, "Colomba" (Mazurka, dúo); Joaquín Zamacois, "Jota" (Trío); Antonio Alba, "La más pícara" (Zamacueca, trío); Alberto Orrego Carvallo, "Segundo Vals" (Dúo), y Tomás Valdecantos, "Canción Nacional" (Trío). Todas estas piezas han sido recopiladas gracias a las investigaciones del Dr. Rojas Zegers, quien, además, dio interesantes explicaciones sobre las particularidades de cada composición y las características de la música chilena del siglo pasado.

C.G.Y.

*Discurso del Profesor Joaquín Barceló Larraín,  
Decano de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación:*

Al conmemorarse en 1984 el centenario de la publicación de la magna obra de don Diego Barros Arana, *Historia General de Chile*, la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación ha considerado un deber ineludible realizar un acto académico que signifique no solo recordar este hecho significativo para la ciencia historiográfica, sino también rendir un homenaje a su autor, uno de los más destacados humanistas americanos del siglo XIX, cuya labor ha sido justamente apreciada y alabada en todas las latitudes.

Existe unánime opinión de que Diego Barros Arana es la figura predominante entre los historiógrafos chilenos y que su obra es fundamental, a pesar de los enormes adelantos en la investigación del pasado y de las nuevas corrientes interpretativas. Su producción intelectual, superior a los 260 títulos, abarca variados géneros y preocupaciones que comprenden los ensayos bibliográficos, la crítica literaria, las biografías de personajes célebres, publicaciones documentales, cuestiones limítrofes, manuales de enseñanza, textos de geografía y literatura, trabajos sobre determinados acontecimientos chilenos y



Don Diego Barros Arana en sus últimos años. Fotografía captada por Paulino Alfonso en 1906, publicada por don Guillermo Feliú Cruz en *Historiografía Colonial de Chile*. Tomo I: 1796-1886. Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1958, lámina III.

americanos, historias generales, problemas de su época y, en fin, esa totalidad que comprende la intención de conocer al hombre tal como es, liberado de las abstracciones de la ciencia positiva y como un resultado de su evolución histórica. Por ello, más que de historiador, la enorme tarea de Barros Arana es de eso que los renacentistas llamaron "estudios de humanidad".

La historia es el saber de lo que el hombre ha hecho; a través de ella el hombre se da a conocer mediante sus obras. Siendo ello así, resulta que el desprecio que la filosofía pudo sentir en un tiempo por la historia equivalía a la renuncia por parte de la filosofía a conocer al hombre mismo. El siglo XIX reparó en esta circunstancia y se propuso reivindicar los fueros de la historiografía como ciencia. Durante mucho tiempo, el pensamiento histórico se movió en la ambigüedad de un compromiso entre el dogma griego y la vigencia de la libertad humana, que no acata ninguna ley, ninguna necesidad ni universalidad. Por ello, pensadores como Dilthey y Nietzsche hicieron de la historicidad y de la contingencia del hombre el fundamento de sus reflexiones. Dentro de este marco de reevaluación del hombre como ser eminentemente histórico, Diego Barros Arana va a desarrollar una tarea titánica.

Barros Arana fue miembro de una generación de científicos e intelectuales chilenos que, como Benjamín Vicuña Mackenna, Miguel Luis Amunátegui y José Toribio Medina —sólo por citar tres nombres—, con espíritu místico propio de un fraile recoleto, con un tesón abismante, un insuperable afán de superación y una capacidad de trabajo pocas veces vista, fueron tras la verdad histórica con método y disciplina para conocer el alma del ser nacional, y al mismo tiempo pudieron organizar sus existencias haciendo productivas la acción y el pensamiento.

En el caso concreto de Barros Arana, no sólo produjo una obra historiográfica verdaderamente prodigiosa y de gran magnitud, sino que también participó en debates políticos y parlamentarios, intentó renovar la educación chilena, trabajó activamente en labores universitarias, cumplió misiones diplomáticas, se desempeñó como perito limítrofe, fue profesor y Rector del Instituto Nacional, miembro y Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile y Rector de la Casa de Bello. Paralelamente, su labor de investigador y de escritor se proyectó más allá de sus libros; colaboró en la redacción de varios diarios y con gran esfuerzo creó y dirigió publicaciones periódicas, entre ellas la *Revista de Santiago* y la *Revista Chilena*, muestras del más alto nivel científico del Chile del siglo XIX.

Nacido el 16 de agosto de 1830, Barros Arana vivió los primeros años de su juventud en el tiempo agitado en que Chile, casi al borde de la anarquía política, pugnaba por encontrar la forma de organizar el estado de manera estable y permanente, que se habría de conseguir gracias al pensamiento y la acción del Ministro Portales y la institucionalización alcanzada por la Carta de 1833. Las relaciones de amistad de su padre con don Bernardo O'Higgins y don Diego Portales y la trasmisión de recuerdos y documentos de estos próceres influyeron sin duda de alguna manera en la vocación que Diego Barros Arana manifestaría posteriormente.

Siendo aún muy joven, Barros Arana se convirtió en un lector insaciable; él mismo nos cuenta: "En mi temprana juventud, allá por los años de 1846 y 1847, cuando comencé a leer los primeros libros de historia de Chile que cayeron en mis manos, tomé un vivo interés por este estudio, que entonces preocupaba a muy pocas personas, y que además sólo entonces comenzaba a hacerse seriamente..." Más adelante, refiere Barros Arana: "Hice mis primeros estudios de historia de Chile leyendo con avidez el compendio del abate Molina, las *Memorias* del general Miller, la obra española de Torrente, los primeros tomos que entonces llegaban de Europa de la historia publicada con el nombre de don Claudio Gay y los documentos que la acompañaban". Allí la vocación de historiador se definió, y años más tarde, cuando don Diego solo tenía 22 años, escribió el 14 de agosto de 1852 a su amigo Juan María Gutiérrez, "...yo me figuro destinado por la Providencia para aclarar nuestra historia y ser una crónica viva de todo lo que nos concierne." A medida que Diego Barros Arana fue alcanzando madurez, su padre comprendió que la historia era su verdadera pasión y tuvo el buen criterio de no separarlo de ella, estimulándole en sus estudios. Cuando falleció don Miguel de la Barra, quien poseía una de las mejores bibliotecas del país, el padre de don Diego compró para su hijo la parte relativa a Chile y América. Allí empezó a formarse una de las mejores colecciones de América, no tanto por el número de volúmenes cuanto más bien por la selección. Diez y seis años más tarde, Bartolomé Mitre en carta respuesta a Barros Arana, fechada el 20 de octubre de 1875, le dice: "Su carta ha causado muy gratas emociones. Cuando llegué a la parte de ella en que me habla de su biblioteca de 10.000 volúmenes, de los cuales 6.000 son americanos y me bosqueja su local, en que los instrumentos del hombre de ciencia se hallan mezclados con los libros del hombre de letras, me lo imaginé, como Ud. dice, absorto en el estudio sin acordarse de otra cosa, como le sucede a todo hombre de labor intelectual, en medio de esa embriaguez sagrada que multiplica las fuerzas de concepción y producción del pensador. Mi deseo en aquel momento fue volar hasta su biblioteca, interrumpirlo en medio de sus meditaciones y, después de abrazarlo como amigo, entablar una de aquellas interminables pláticas de otro tiempo que sobre libros viejos y conocimientos nuevos hemos tenido tantas veces, y que hoy, con la edad y con las adquisiciones del tiempo y del trabajo, tendrían, sin duda, más sabor y más substancia..."

El verdadero destino de Barros Arana era la historiografía. Poco antes de cumplir los 20 años de edad, publicó su primer trabajo original, *Ensayo Histórico sobre la Regencia del Duque de Orleans* que acompañó la traducción que él mismo hizo de la obra de Alejandro Dumas *El Caballero D'Harmental*. En 1850 dio a luz un breve estudio sobre la rebelión de Túpac Amaru, los *Estudios Históricos sobre Vicente Benavides y las Campañas del Sur (1818-1822)*, una *Biografía del Honorable Tomás Cochrane, Conde de Dundonald* y las *Noticias Biográficas sobre el General Don José de San Martín*. Tres años más tarde, en 1853, aparecieron los diez primeros capítulos de una obra de gran envergadura, la *Historia General de la Independencia de Chile* que, publicada finalmente en 4 volúmenes, fue muy bien recibida por la crítica chilena y extranjera. Luego su producción científica continuó con

trabajos de menor amplitud y no se vio interrumpida por un largo viaje iniciado en 1859 que lo llevó al Perú, Argentina, Uruguay, Brasil y países de Europa. Al momento de abandonar Chile ya había tomado la decisión de convertirse en un investigador, especialmente para poder algún día escribir una historia de Chile, completa y detallada, objetiva e imparcial en los juicios, que sirviera de base y modelo para las futuras generaciones que quisieran comprender el proceso de formación de la nacionalidad chilena. También tenía en esos momentos el propósito de redactar una serie de textos destinados a la enseñanza para encauzar una verdadera renovación pedagógica.

En Lima, Buenos Aires, Londres, París, Madrid, Sevilla y otras ciudades visitó y trabajó arduamente en archivos públicos y privados, entabló relaciones con los más acreditados historiadores europeos, entrevistó a personajes que habían tenido participación en el movimiento de la Independencia y en los años posteriores, fue cliente asiduo de librerías de viejo y leyó una cantidad de obras que por aquellos años eran la expresión fiel del pensamiento europeo. Así no sólo se nutrió de fuentes y documentos para sus futuros trabajos y asimiló las técnicas de investigación en boga, sino que también adhirió a las corrientes liberales positivistas de moda en el Viejo Mundo, aunque nunca éstas aparecieron como fuerzas dominantes ni menos determinantes en su visión del pasado.

De regreso en Chile, en 1863, se dedicó de lleno a alcanzar sus objetivos. Dio a luz el *Compendio de Historia de América* que refundió más tarde en el *Compendio Elemental*, más apropiado para la enseñanza de la juventud. En 1867 imprimió su *Manual de Composición Literaria y Elementos de Geografía Física* y más tarde numerosos estudios monográficos, biografías, compilaciones bibliográficas, al tiempo que publicaba documentos, dirigía revistas, publicaba artículos en los diarios y servía cargos en el servicio público. Sin embargo, siempre continuaba con el trabajo previo de su gran proyecto de escribir una historia de Chile. Su nombre no sólo fue conocido en América. Traspuso el Atlántico y fue apreciado en alto grado en Europa. Cuando en 1882 publicó sus *Notas para una bibliografía de obras anónimas y seudónimas sobre la Historia, la Geografía y la Literatura de América*, una revista histórica alemana las comentó encomiosamente, señalando a Barros Arana como “el más sabio bibliógrafo de los países sudamericanos” y acaso el primer historiador de Sudamérica.

En 1884 pudo por fin don Diego Barros ver coronada la primera parte de su obra magna, con la aparición de los tres primeros tomos de su *Historia General de Chile*, trabajo que finalizó en 1902 con la publicación del tomo 16, que en verdad había terminado en 1899. “Diríase —escribe acertadamente el Profesor Rolando Mellafe— que cumplir con la aspiración máxima de su vida costó al autor 18 años de trabajo, pero en realidad no fue ese lapso sino toda su vida”.

Los aportes que don Diego Barros hizo a la historiografía americana y chilena resultan cada vez más evidentes a medida que transcurre el tiempo. Basta una mirada al *Compendio Elemental de Historia de América* y a la *Historia General de Chile* para darse cuenta de que aparte de servir como modelos para captar conocimientos básicos, el autor logró la máxima aspiración que puede tener un

historiador de cualquier tiempo y lugar: llegar a una síntesis global del devenir histórico, fundamentada científicamente, con revelación de las fuentes y documentos que le sirvieron de base y, más que nada, destinada a servir de inspiración o de punto de partida de nuevas indagaciones, de estímulo a las generaciones futuras para revisar o reinterpretar los hechos y los procesos, dándole así a esta ciencia un dinamismo propio. Han trascurrido cien años de la publicación de estas obras y allí están en pie como monumentos inmovibles prestando a cada instante un nuevo e invaluable servicio.

Más mérito alcanzan estas obras —como muchas de las otras que produjo la pluma de don Diego Barros— si se piensa que el autor no tuvo las facilidades que hoy tienen los investigadores, esto es archivos ordenados y clasificados, colecciones documentales impresas, documentos publicados críticamente, monografías sobre distintos aspectos y temas, catálogos bibliográficos o guías de orientación. Don Diego lo tuvo que hacer todo, desde adentrarse en las bóvedas de los archivos en busca de los papeles roídos por el tiempo, descifrarlos e interpretarlos, hasta preocuparse de la impresión de sus escritos con las técnicas tipográficas de fines del siglo pasado que hoy aparecen rudimentarias.

Pero las obras historiográficas de Barros Arana tienen otros méritos que consideramos más valiosos que el gran esfuerzo investigativo que representan. Ellas abren un panorama y una nueva visión por las aportaciones que hacen. La Ilustración había incorporado a la reflexión historiográfica algunos elementos que era indispensable que considerara para desarrollarse como ciencia, para superar la etapa de la mera crónica narrativa. La consideración del escenario geográfico donde se desarrollan el hombre y la sociedad considerada como conjunto de hombres relacionados de modos distintos conservando cada uno sus particularidades dentro del todo y, finalmente, la consideración de los factores económicos centrados en las actividades productivas, de intercambio y consumo. Barros Arana encontró estos aspectos en las obras que leyó en su juventud, en especial en el erudito trabajo de Claudio Gay, pero los encontró en capítulos separados, en verdaderos compartimientos estancos, como algo un tanto separado de la realidad. En Europa se había empezado ya a incluir estos aspectos en cuadros amplios y generales porque forman parte de la vida diaria, del acontecer histórico, tanto como las fuerzas políticas y sociales, las expresiones del arte, las ideas y sus manifestaciones y, en fin, la unidad que es la vida de los hombres y de las sociedades. Todo esto, Diego Barros Arana lo consideró en la aplicación del método narrativo, descriptivo, analítico e interpretativo usado en su *Historia General de Chile*, escrita con un estilo parco y escueto que, en gran medida, nos explica la causa por la cual, hoy en día, cuando se cumplen 100 años de la aparición de sus primeros tomos, la obra permanece vigente, emanando fuerzas y dando directrices, abriendo nuevas sendas, pues está basada en la roca compacta de la erudición que otros historiadores podrán perfeccionar, pero nunca remodelar en su base, aunque su autor jamás creyó poseer la verdad total.

Como lo señaló en una ocasión el erudito Guillermo Feliú Cruz, la obra histórica de Barros Arana ha podido ser complementada por investigaciones

posteriores, puede admitir nuevas interpretaciones sugeridas o impuestas por el espíritu de los tiempos, pero permanece como “una sólida base de granito” con su material, con su visión del pasado, con la rica investigación que constituye el fundamento de su magna labor.

Joaquín Barceló Larraín.

*Discurso del Profesor Rolando Mellafe Rojas,  
Departamento de Ciencias Históricas:*

A mediados del año 1884 se publicaron en la revista *La Lectura*, editada en Santiago, unas páginas de una nueva historia de Chile, que cautivaron al público por su novedosa manera de narrar los hechos, por el sobrio pero elegante estilo en que estaban escritas. Casi inmediatamente después comenzó a circular entre los grupos cultos de Santiago un folleto impreso por el editor Rafael Jover, con el título de *Historia General de Chile por Diego Barros Arana*.

Este tenía por objeto dar a conocer el proyecto de escribir una historia general, y recoger suscripciones a cuadernillos que se irían entregando al público, para cuyos efectos incluía una página especial. Venían luego, cuatro páginas, bajo el nombre de *Prospecto*, aparentemente escrito por Miguel Luis Amunátegui, en que se recordaban los méritos del autor y se daban a conocer los propósitos generales de la obra. El *Prospecto* está firmado por personalidades de la época, amigos todos de Barros Arana, entre los que se cuentan Miguel Luis Amunátegui, Francisco Solano Astaburuaga, Melchor Concha y Toro, Enrique Cood, Agustín Edwards, José Victorino Lastarria, Eusebio Lillo, Manuel Antonio Matta, Augusto Matte y Aníbal Pinto, ex Presidente de la República, que luego fallecería en Valparaíso.

El curioso folleto a que hacemos referencia, sería por sí solo suficiente para una larga disertación; queremos solamente señalar dos o tres aspectos de los que abarca. Comienza descalificando a todas las obras generales que sobre nuestro pasado hasta la fecha se habían escrito. Al respecto dice: “Las crónicas conocidas con el nombre de Historia de Chile, impresas unas, inéditas otras, relatan sucesos contados por la tradición, apoyándose a veces en documentos que sus autores no supieron siempre utilizar”. Siguen luego unas frases que podrían perfectamente aplicarse a la actualidad: “Esas relaciones más o menos desatinadas, que se copian con frecuencia unas a otras, abundan en los mayores y más injustificados errores”.

Los redactores del *Prospecto* usaron el vocablo *crónica* con el tono despectivo que le dio la historiografía liberal-positivista de la época, pero conociendo que